



CONFORME
A LO ESTABLECIDO

Jesús A. Losana

CONFORME
A LO ESTABLECIDO



Primera edición: abril de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús A. Losana

ISBN: 978-84-19151-88-9

ISBN digital: 978-84-19151-89-6

Depósito legal: M-11066-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a mis lectores, ese gran jurado que ha hecho posible que esta trilogía contemporánea haya visto la luz;

AGRADECIMIENTOS

Cuando uno escribe una historia con una trama que toca varios gremios profesionales en los que no se es muy ducho, hay que reconocer que no todo el mérito es del autor. Detrás de esta trilogía hay varias personas que han colaborado con su información profesional sobre características, procedimientos, sintomatologías y legalismos, para que la historia sea veraz. Por lo que hago extensivos mis más sinceros agradecimientos:

A la comandancia de la Guardia Civil de Toledo, en particular al teniente Valentín Martínez-Reche, al cabo primero Rubén Martínez de la Casa y al cabo primero Ángel J. Rubio. Muchas gracias por estar ahí siempre que os he necesitado.

A mis consejeros habituales y asesores en farmacología y otras sustancias, Isaac y Luis. A Pilar Revilla, mi jurista, y a mis asesores sobre todo lo inherente a redes y procedimientos informáticos, Toni y Cristina Escudero.

Y como no... a los consejos de mis lectores cero, Araceli de la Cruz, Ángel Felpeto, María Luisa Losana, Carlos Ferrero, Domingo Sobrino, Juan A. Losana, Begoña Peñaranda, Rosa M^a. de la Cruz, Ana Fernández, Marco A. Blázquez, Antonio Escudero y Rosa M^a. Losana.

Sin olvidarme de cada uno de los miembros que forman Editorial Adarve... gracias por vuestra profesionalidad y atención.

Solo me queda añadir, que una de las experiencias más agradables que me ha ofrecido esta aventura de plasmar en papel esta trama, es la cantidad de amistades que he ido haciendo a lo largo de este arduo camino... que espero sea duradera.

*Cuando los hilos del poder oculto tejen una invisible tela de araña que
todo lo manipula... no creas todo lo que ves y escuchas*

Capítulo 1

Acababa de encenderse la iluminación exterior del puerto tras un día de trasiego continuo de mercancías y pasajeros. Aunque a esas horas el movimiento había disminuido considerablemente, en la dársena norte aún quedaban algunos turistas fotografiándose frente a las letras corpóreas en mayúscula, en las que se leía PUERTO DE BUENOS AIRES.

Al lado de aquel enorme letrero se hallaba un hombre de mirada penetrante, que apoyado con el hombro en una farola simulaba manejar el móvil. Pues, aunque su cuerpo permanecía estático, sus globos oculares no dejaban de observar disimuladamente su entorno.

Era un individuo de mediana edad, bien formado físicamente y con la cabeza rapada del que, debido al poco pelo que ennegrecía los laterales de su cuero cabelludo, se intuía por qué se había afeitado el cráneo. Aquel hombre poseía una belleza muy particular que estropeaba la leve curvatura de su nariz hacia un lado.

A pocos metros a su izquierda, en el lateral de una caseta de obra, se hallaba otro varón con una melena muy bien peinada a la que el transcurso de los años había vestido de blanco sus laterales. Amparado en la sombra que le ofrecía aquella pequeña construcción metálica, observaba solapadamente a los pocos transeúntes que merodeaban por allí mientras sacaba un cigarro y lo encendía.

—¿A qué hora quedaste? —preguntó el individuo calvo.

El que estaba apoyado en la caseta se arremangó para mirarse el reloj de pulsera, dejando ver el tatuaje a color de *Campanilla* que tenía en el anverso de su muñeca.

—Hace veinte minutos —respondió en voz baja soltando a la vez el humo de su última calada.

Un momento después salía del edificio de enfrente un tipo desgarrado y con las manos metidas en los bolsillos que, sin ninguna prisa, se dirigió hacia el hombre rapado. Cuando le quedaban unos metros para llegar, vio como el hombre calvo volvía la cabeza y con la nariz le señalaba al individuo de las patillas canosas que se hallaba en el lateral de la caseta. Sin mediar palabra giró y se encaminó hacia él. Al llegar a su lado, y tras mirar disimuladamente a su alrededor, sacó su mano derecha del pantalón y estiró la palma.

El sujeto del tatuaje de *Campanilla*, con toda la tranquilidad que le daba su carácter, se incorporó, tiró el cigarro y sacó del interior de su americana un sobre que puso en la palma de la mano de aquel desgarrado personaje. Este, mostrando una sonrisa que le resultó imposible ocultar, lo abrió y recorrió con el dedo pulgar el fajo de billetes que había dentro.

—¿Y bien? —interrumpió Fran su momento de gozo.

—El contenedor que me dijiste que salió de Valencia no se llegó a descargar aquí —contestó con claro acento argentino.

—¿Cómo?! —exclamó incrédulo, lo que hizo que su compinche les dirigiera la mirada—. Yo vi la orden de embarque y el destino era el puerto de Buenos Aires.

—No me sea pelotudo —le chistó en voz baja mientras echaba un vistazo a su alrededor.

Antes de darle una explicación, sin premura alguna, se guardó el sobre en el bolsillo interior del cortavientos y sacó unas fotocopias grapadas.

—La documentación tenía un anexo de última hora como corrección a un error portuario que indicaba que su verdadero destino era Montevideo —aclaró mientras le entregaba las fotocopias—. Por lo que después de desembarcar aquí los contenedores pertinentes y repostar, al día siguiente el barco siguió su camino hacia Montevideo.

—Será hijo de perra —soltó guardándose las fotocopias en su americana.

—¡Oiga! No me sea pelotudo, que yo no tengo la...

—No es a usted, coño. ¿Cuándo salió el carguero hacia Montevideo?

—Ayer —contestó antes de dar su última aclaración—. Por si le sirve de algo, en ese contenedor solo viajaba un Porsche antiguo.

Sin hacer mucho caso a la última información, ya que era consciente de ello, hizo una señal con la cabeza a su compañero Marcos y, a paso ligero, se alejaron de allí sin despedirse de aquel desgarrado individuo.

Capítulo 2

—Capitán, desde aquí y a través del visillo de la ventana no se ve lo que está pasando dentro —murmuró un guardia de la sección Pegaso por el micrófono integrado de los cascos.

Era una noche cerrada y el agente se hallaba en un descampado manejando con gran destreza un mando con pantalla, que era tan pesado que lo tenía sujeto al cuerpo con unas trinchas.

—Arrima un poco más el dron a la ventana —ordenó el capitán en voz baja mientras visualizaba varios planos de la calle que mostraban las pantallas que había dispuestas en el panel lateral del contenedor en el que se encontraban.

Aquel habitáculo se hallaba frente a la nave que estaban vigilando, y empezaba a resultar claustrofóbico por la cantidad de gente que había y las horas que llevaban dentro.

—Ahí se los ve —dijo Román—. Están la *Pelas*, el *Charli* y siete personas más, varias de ellas armadas —resopló—. Y cómo no, el *Cantaor* —añadió desde un todoterreno que estaba aparcado en una calle cercana detrás de un furgón camuflado del cuerpo.

En aquel tenso momento, en el que el GAR estaba preparado a las puertas del contenedor a la espera de la orden de actuar, salió de la nave un individuo al que, debido a sus dimensiones, era más fácil saltarle que darle la vuelta, cargó la repetidora de cartuchos que llevaba y disparó dos veces al dron dándole de lleno, lo que hizo que se precipitase al suelo. Seguidamente, el orondo individuo se volvió a meter en la nave a la velocidad que le permitían sus cortas piernas.

—¿Martín, qué está pasando?! —exclamó Román al perder la imagen del dron.

—Nos han descubierto. ¡Subid ya! —ordenó el capitán con la voz agitada y colgó—. ¡Hay tres coches dentro de la nave! —explicó a los miembros del GAR antes de que saliesen.

A la vez que se iba elevando el portón de la nave, se abrieron las puertas del contenedor y salieron cinco guardias del Grupo de Acción Rápida que fueron tomando posiciones. No acabó de subir totalmente la puerta cuando salieron de la nave a toda velocidad un Peugeot 508, un BMW de la serie 3 y un Mercedes de la clase S, que casi atropellan a un guardia.

—Román, van hacia ti —los avisó el capitán.

En ese instante entraba en la calle el furgón seguido del todoterreno que conducía Román, encontrándose de frente con los tres vehículos que trataban de huir, produciéndose un fuerte impacto frontal entre la camioneta y el Peugeot, al que le saltaron los airbags dejando a los ocupantes confusos. Automáticamente salieron seis guardias del furgón y rodearon el vehículo apuntándolo con sus armas al grito desgañitado de: «Guardia Civil, no se muevan», exclamación de guerra que combinaba la autoridad que desempeñaban con la angustia que sentían por el imprevisto desenlace de la operación.

Cuando tuvieron controlada la situación sacaron a cuatro individuos del vehículo, entre ellos el que disparó al dron. En ese momento el teniente maniobró el todoterreno y salió a toda velocidad con la sirena puesta tras el BMW y el Mercedes, que aprovecharon la confusión para darse a la fuga.

—Pide apoyo —ordenó el teniente a Elisa.

Los persiguió a toda velocidad por una estrecha carretera de servicio paralela a la A-42. La sargento miró hacia atrás viendo a lo lejos que se les unía otro vehículo de la Guardia Civil.

—En el Mercedes seguro que van la *Pelas* y el *Charli*. Que son los responsables de esta rama del caso *Lobby*.

—¿Y en el BMW? —preguntó la sargento.

—Es el coche del *Cantaor* —al ver que su compañera no decía nada, le aclaró—. Jony, mi confidente.

Elisa confirmó con la cabeza recordando la única escena que compartió con ese personaje.

—¿Al que agarraste de la pechera por decirme una ordinariez? —confirmó Elisa luciendo una sonrisa que estaba fuera de lugar en aquel tenso momento y que su superior le hizo ver con una agria mirada.

Cuando el BMW llegó a la rotonda disminuyó la velocidad, lo alcanzó el todoterreno y le propinó un golpe en la parte trasera que, sin desviarlo mucho de su trayectoria, de un volantazo lo introdujo en el carril de aceleración que lo introducía en la autovía en sentido Madrid mientras el Mercedes, tras recorrer tres cuartas partes de la rotonda, se metió en un puente que cruzaba la autopista.

—¿A quién vamos a seguir? —inquirió Elisa manteniendo el micrófono de la emisora en la mano para facilitar su posición mientras Román le dirigía una leve mirada con gesto de obviedad.

—Al Mercedes, que es donde va el premio gordo. Los que vienen detrás irán a por el BMW —respondió introduciéndose en el puente—. Y si no lo cogen... a Jony ya lo cogemos nosotros y cantará.

—El Mercedes acaba de tomar la A-42 en sentido Toledo —informó Elisa a través de la radio.

Los coches que circulaban por la autovía disminuían la marcha para saciar la curiosidad que les proporcionaban las sirenas y las luces rotativas del vehículo policial, paralizando el tráfico y haciendo que el Mercedes no pudiese coger velocidad, lo que les facilitaba a los guardias la persecución.

Al llegar a un desvío que se adentraba en una zona de la ciudad, se formó un tráfico más lento que ocupaba los dos carriles. Al ver que el vehículo policial se les acercaba, el Mercedes no deceleró y se situó en medio de la línea discontinua, chocó con los dos coches laterales e hizo que estos girasen sobre sí mismos. Román, que

vio venir la maniobra, los sobrepasó por el carril de deceleración y, pisando la isleta, volvió a introducirse en la autovía. Un momento después, se empezaron a ver en la lejanía luces azules que provenían de refuerzos, lo que hizo que el vehículo perseguido se metiera en un desvío que lo introducía en población, seguido de Román y de otros coches de apoyo, mientras Elisa iba informando de la posición.

Dentro de la población se encontraron tráfico denso, lo que no importó al conductor del Mercedes, pues iba golpeando a los coches que interrumpían su paso, haciendo que los vehículos rotaran y el todoterreno se fuese distanciando al tenerlos que esquivar.

—Informa de qué dirección va tomando, nosotros ya no podemos hacer nada —dijo Román al cruzarse uno de los vehículos con los que había chocado—. Si lo seguimos persiguiendo por población, pondríamos en peligro la vida de los ciudadanos.

Después de asistir a los accidentados, retirar los vehículos dañados y restablecer el tráfico, a Román le sonó el teléfono.

—Dime —contestó cuando se dirigía a su vehículo—. Vamos para allá.

Con las sirenas encendidas se pusieron en marcha a cierta velocidad hasta que llegaron a una plazoleta donde, además de varios vehículos de la Benemérita, se hallaba el Mercedes con las dos puertas delanteras abiertas, las luces encendidas y el motor en marcha. Salía de su interior un sonido desagradable que segundos después se convirtió en un pitido intermitente. Román se asomó a su interior y vio un aviso en el ordenador de a bordo que ponía «Pisar el freno». Sin entrar en el coche, el oficial introdujo su pie derecho y lo pisó, desconectando aquel ruido tan molesto.

—Parece que llevaban prisa —comentó Román ante las evidencias, a la vez que se le acercaba un guardia.

—Teniente, no hemos querido tocar nada hasta que llegase —informó un cabo primero, y Román le guiñó el ojo como gesto de complacencia.

En ese momento, Elisa soltó el maletín en el suelo y le ofreció unos guantes. Una vez se los puso, Román se introdujo en el lado

del piloto y echó un vistazo al interior. Seguidamente giró la llave de arranque y paró el motor. En ese instante se volvió a escuchar el mismo pitido que sonaba cuando llegaron, por lo que volvió a pisar el freno, pero el sonido no cesó, haciendo que mirase al ordenador de a bordo, en cuya pantalla ponía «Introduzca la clave». Román frunció el ceño mientras buscaba en sus archivos mentales algún modelo de vehículo que pidiera una contraseña cuando se paraba el motor.

—Román, por favor, apaga ese pitido, me va a reventar los tímpanos —dijo la sargento aturdida.

Al oír la palabra «reventar» le hizo replantearse todos sus pensamientos y, aunque no lo tenía claro del todo, priorizó su mal presentimiento.

—¡Alejaos del Mercedes! —gritó cogiendo a Elisa del brazo y apartándola de allí.

No les dio tiempo a resguardarse detrás de un coche cuando, de entre los sillones traseros del Mercedes, salió una llamarada que prendió todo su interior. En ese momento, los guardias asomaron tímidamente las cabezas desde el lugar donde se habían parapetado, observando cómo inexorablemente las llamas consumían aquel preciado coche.

Cuando tuvo la certeza de que no se trataba de un explosivo, sino de un artefacto incendiario para eliminar cualquier prueba que los incriminase, Román sacó el extintor del todoterreno y comenzó a verterlo sobre el Mercedes, acción que imitaron sus compañeros.

Cuando solo salía una columna de humo, llegó otro vehículo de la Benemérita del que bajó el capitán.

El capitán Martín Lozano era un hombre de estatura media, de marcados rasgos mediterráneos y de un trato tan correcto y educado que daba la sensación de que el cuerpo al que pertenecía lo habían adaptado a él en vez de al contrario.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Martín nada más llegar a su altura.

—El Mercedes tenía un dispositivo que al parar el motor pide una clave. Si no la introduces, se activa un artefacto incendiario —explicó Elisa.

—Sí que están preparados —soltó sorprendido el capitán—. Entonces, de huellas ni hablamos.

—No nos ha dado tiempo —negó Román con la cabeza—. ¿Qué tal ha resultado la operación?

—Según lo previsto —respondió Martín sin dejar de observar el coche humeante—. En la nave había decenas de inmigrantes del norte de África pendientes de acomodar. Dentro no quedaba ningún miembro de la banda, huyeron todos en los tres coches. Cuatro de ellos iban en el Peugeot que interceptamos, el resto huyó en el BMW y en el Mercedes. Pero, aunque la *Pelas* y el *Charli* han huido, tenemos las grabaciones del dron hasta que lo derribaron. También hemos encontrado en una cámara frigorífica, convertida en caja fuerte, un palé de billetes empaquetado en plástico, listo para enviar.

Como si de un muelle se tratase, el teniente y la sargento le dirigieron una mirada de estupefacción.

—¿Cómo que un palé de billetes? —preguntó Román.

—Como lo oyes. Hasta que no lo vi, no me lo creí. Debe de haber cientos de millones de euros. Se ha quedado al cargo el comandante.

Ambos guardias no apartaron ni un ápice su sorprendida mirada del capitán, a la espera de más información.

—Ese dinero es de la inmigración ilegal..., de lo que sacan a esos pobres diablos por traerlos y de la parte que se quedan de las ayudas estatales que reciben —soltó Martín—. Nos están descapitalizando más rápido de lo que creíamos. Hace poco, unos compañeros también encontraron varios palés cargados de billetes en un negocio de ciudadanos asiáticos que estaban preparados para viajar. Esa noticia abrió telediarios, se detuvo al dirigente y al poco tiempo se silenció el caso y lo soltaron... Da la sensación de que o somos tontos o les debemos algo.

—Primero nos descapitalizan y luego, con nuestro propio dinero, compran deuda española y les pagamos intereses. Un negocio redondo —intervino Elisa—. Y mientras, los ciudadanos viendo la vida pasar, porque de momento tenemos para comer.

—Ni Mao Tse-Tung en sus mejores sueños hubiese pensado que algunos gobiernos les permitirían instalar su sistema parasitario —intervino el teniente—. Negocios administrados por chinos en los que trabajan chinos, que venden productos chinos fabricados en China por trabajadores chinos, con materias primas chinas... ¿Se puede saber dónde está nuestro beneficio?

—Hay que cambiar ese dicho de «te han engañado como a un chino» por el de «te han engañado como a un gobernante español» —comentó el capitán locuazmente.

Capítulo 3

Se hallaban sentados en las sillas de cortesía de un luminoso despacho decorado con fotos familiares y profesionales, y algún que otro adorno floral que rompía con los monótonos colores de una oficina convencional, generando el ambiente cálido y cómodo que su moradora quería dar.

Estaban de frente a un deshabitado sillón de cuero, con la cabeza gacha, manipulando su teléfono para hacer más amena la espera.

—Has pasado de renegar del nuevo móvil a no poder separarte de él —dijo Elisa a modo de reproche, sin parar de manipular el suyo.

Román le dirigió la mirada el tiempo justo para lanzarle una sonrisa sarcástica.

—¿Has leído la prensa? —preguntó el teniente sin levantar la vista de su dispositivo.

—Estoy en ello —contestó soltando un resoplido mordaz—. Ya no se habla de que Ripol mintió a todo el país, ni de que planeó el intercambio de asesinatos, ni de que malversó en la construcción del AVE, ni siquiera que fue el artífice del atraco a Agralia. Lees los artículos de ciertos medios y da la sensación de que fue víctima de Antonio Alba, y que este fue el malo al que hay que buscar y encerrar, cubriendo el resto con una cortina de humo. Como suele suceder a través de estos medios, Alba ya ha sido juzgado y sentenciado por la opinión pública, y lo que tenga que decir en su defensa ya es irrelevante.

—Curioso como dan la vuelta a la tortilla, ¿verdad? Pero ni el león es tan fiero como lo pintan... ni el oso amoroso es tan mimoso

—comentó Román deslizando el dedo sobre la pantalla—. Da la sensación de que tienen muchos estómagos agradecidos que, mediante bulos y noticias de dudosa veracidad, dictan a sus adeptos lo que quieren oír para que defiendan a sus dirigentes, y estos los defienden mejor que a sus propios intereses por el mero hecho de estar en posesión de la ideología correcta.

Tras ese manido argumento digno de explicar, ambos siguieron leyendo la prensa digital.

—Conociendo la falta de puntualidad en esta sociedad, nos hemos precipitado al venir —rompió el silencio el teniente después de mirarse el reloj.

—Claro —soltó Elisa separando las sílabas para darle ese toque de ironía que pretendía—. Pero como el no precipitarse contrasta con tu otra manía, la puntualidad...

En ese instante ambos se sobrecogieron ante el portazo que dio la comandante al entrar, que con gesto serio y paso ligero se dirigió a la mesa y soltó de golpe sobre ella el mazo de carpetas que llevaba.

—Tú, y tu extrema manía a la puntualidad —comentó Mercedes mirándose el reloj mientras se sentaba en su sillón—. Solo me he retrasado seis minutos.

—Pues ya se ha retrasado, ¿no? —contestó haciéndole ver la obviedad, a la vez que elegantemente se guardaba el móvil en el bolsillo interior de su entallada americana de cuadros.

—Dejémoslo ahí —ordenó la comandante para zanjar el tema sin tener que reconocer la evidencia.

Como si tratara de ordenar en su mente cómo les iba a exponer la noticia sin mostrar su frustración, la comandante se incorporó hacia la mesa, agarró las carpetas que acababa de soltar y las puso frente a sus compañeros.

—¡Ea! Nos han vuelto a asignar el caso —resopló para atenuar su inminente explosión—. No hay manera de deshacerse de esta patata caliente. Este caso nos va a complicar la existencia —soltó con cierta rabia dejándose caer en el respaldo del sillón y entrelazando sus dedos.

Elisa se acercó a la mesa y cuando leyó en la carpeta de encima caso Agralia, puso gesto de extrañeza. Román, intuyendo las impetuosas ganas de desahogarse de su superiora, se mantuvo inmóvil peinándose su recortado bigote.

—Usted nos dijo... que como descubrimos el cómo, el porqué y el quiénes perpetraron el atraco..., nuestra parte del caso estaba resuelta —planteó Elisa confusa—. Y que los asesinatos de cuatro de los cinco atracadores era otro caso y lo llevarían otros.

Ante la expectante atención del teniente, Mercedes desligó sus dedos, se pasó la mano derecha sobre la barbilla e inesperadamente dio un pequeño golpe en la mesa antes de intervenir.

—¡Sé lo que dije! —respondió con cierta frustración—. Pero la misma... El mismo estamento político que nos traspasó el caso del atraco, traspaso no exento de polémicas, ahora quiere que lo investiguemos hasta el final y con todas las consecuencias.

Se produjo un silencio en el que Román intuyó que aún no les había contado su preocupación principal, por lo que, mirándola a los ojos, intentó darle el empujón que necesitaba para que se desahogara.

—¿Y dónde está el problema? —expuso el teniente frunciendo el ceño y levantando las palmas de las manos representando una pantomima—. Al fin y al cabo, era nuestro caso.

Mercedes, que estaba muy lejos de la ingenuidad, captó la intención de Román. Pero su ansiedad de demostrar sus dotes de clarividencia era mayor que su voluntad de mantener la cautela, por lo que después de unos segundos de silencio decidió compartir sus presentimientos.

—No sé qué pensar —dijo acariciándose la barbilla—. Si nos han vuelto a asignar el caso es porque... o los mandatarios que nos lo traspasaron quieren destapar lo que contenían los documentos que robaron de la caja 212 y nos ven muy capacitados..., o intuyen que nos será imposible destaparlo..., o porque somos los más indicados para que nos puedan poner palos en las ruedas en la investigación y seremos buenas cabezas de turco. Por lo tanto, no

os compliquéis mucho la vida y si veis algo raro me lo comunicáis, ya sabré yo lo que tengo que hacer.

Se abrió un incómodo silencio en el que sin mover un ápice la mirada, cada uno hacía sus cálculos. Y aunque todos intuían el porqué, Román necesitaba más información para verificar su percepción.

—¿Qué la ha llevado a pensar eso?

—Habiendo políticos de por medio me da la sensación de que hagamos lo que hagamos, este caso nos va a explotar en la cara —soltó la comandante a punto de estallar—. Aquí nadie quiere descubrir la realidad, quieren demostrar su manipulada verdad. Por lo que, si la realidad les perjudica, moverán sus hilos para hacer ver a sus seguidores que los enemigos somos los que hemos destapado el escándalo —efectuó una pausa—. Luego se los juzgará suavemente para no perjudicar a los que gritan y se manifiestan, y se les aplicarán condenas suaves. Posteriormente, se les rebajarán o se les condonarán las condenas, desprestigiando aún más al poder judicial y a su independencia. Pero los faltos de ética estarán tan felices..., que es lo que importa —soltó con sarcasmo—. En fin... La justicia en este país está para saltársela, dependiendo de quién seas o en qué lado estés.

—Ya lo dijo Martin Luther King: «No me preocupa el grito de los violentos, de los corruptos ni de los faltos de ética, lo que más me preocupa es el silencio de los buenos» —parafraseó Román.

Mercedes se incorporó, cogió una de las carpetas y le ofreció un documento al teniente. Este lo agarró y le echó un somero vistazo.

—Que Antonio Alba perteneciese al CNI ya lo sabíamos. Por eso no encontrábamos datos de él —comentó Román dirigiendo una corta pero delatante mirada a Elisa.

A la comandante no le pasó inadvertida la mirada, lo que hizo que se quedase un momento callada antes de clavar la mirada en la sargento. En ese instante el oficial se dio cuenta de que su lapsus acababa de evidenciar a su compañera.

—Por cierto, ¿de dónde sacaste esa información?

Lejos de incomodarse, Elisa se cruzó de piernas para ganar tiempo antes de contestar.

—Me lo dijo un contacto que debo de mantener en el anonimato.

Sin variar su mirada, Mercedes se quedó un momento en silencio sopesando la veracidad de lo que acababa de oír, pues no se imaginaba quién le podía haber facilitado esa información tan relevante y delicada que pocos sabían, y que le acababan de pasar.

—Bien... Mantenedme informada en todo momento —aclaró la comandante agitando las manos para invitarles a ponerse en marcha.

El teniente agarró el mazo de carpetas y ambos se dirigían a la salida cuando, después de un toque en la puerta, pasó un teniente coronel con la cabeza gacha mirando unos documentos.

—Mercedes, este caso de Manuel Ripol que me... ¡Uy, disculpad! —soltó al levantar la cabeza y ver allí a Román y Elisa—. Luego vengo.

—¡No! Pase usted y aprovecho para presentarlos —dijo la comandante—. Estos son el teniente Román Medina y la sargento Elisa Castillo de la UOPJ. Él es el teniente coronel Joaquín Mille. Se acaba de incorporar a la comandancia y sustituye al teniente coronel Bonache.

Nada más saludarse con la mano y comentar algún tema banal, Joaquín fue directo al grano.

—Venía a que me adelantes un poco sobre el caso Intercambio de asesinatos y la relación que tiene con el caso Agralía, para hilarlo antes de leer el dossier.

—Pues llega a tiempo. Ese caso lo llevan el teniente y su equipo —lo informó Mercedes ofreciéndoles asiento.

Una vez cerraron la puerta y se acomodaron en las sillas de cortesía, el teniente coronel se quedó fijo en el oficial.

—¿Qué desea saber? —preguntó mirándose disimuladamente el reloj a la vez que volvía a rehacer mentalmente su agenda.

—Pues si no os importa, explicadme todo a grandes rasgos.

—A ver —soltó el teniente cruzándose de piernas—. Todo esto empezó porque la mujer de Manuel Ripol poseía una documentación que lo implicaba en la malversación de la construcción de la estación del AVE, y lo estaba chantajeando. El político idea un ingenioso plan de asesinatos que pone en práctica con otros dos individuos para acabar con las personas que les estaban complicando la vida a cada uno de ellos.

—Plan que, si se hubiese ejecutado según lo planeado, nos hubiese sido imposible descubrirlo —interrumpió la comandante—. Perdón, continúa.

Román cambió el cruce de sus piernas y volvió a coger el hilo de su exposición.

—Pero cuando el socio, al que le correspondía quitar de en medio a la esposa de Ripol, la va a eliminar, sufre un accidente de coche y muere junto a la mujer. Investigamos el accidente y tras analizar varias pistas que no cuadraban, dimos con una hebra de donde tirar. Al acorralarlos, el socio que quedaba con vida nos cuenta lo que pasó, acusando al político de ser el instigador del plan y de sus pretensiones. Ripol para acabar con ese cabo suelto, manda a Antonio Alba, un ex CNI, a que lo elimine en la cárcel, con la promesa de sacarlo de allí. Y ese caso se cierra porque mueren todos excepto Ripol y Antonio Alba, al que saca de la cárcel con sus influencias.

—Vaya un personaje el político —soltó el teniente coronel moviendo la cabeza.

Los tres acompañantes asintieron sin ninguna duda, y Joaquín hizo un gesto a Román para que prosiguiera.

—Al no contar con la declaración de su socio, en el juicio sobre el caso Intercambio de asesinatos, Ripol es declarado inocente por falta de pruebas. Pero lo procesan por malversación en la construcción de la estación del AVE, con unos documentos que se supone que tenía Mateo Cuesta, por lo que intenta sobornarlo para que se los dé. Al no aceptar, lo extorsiona y le hace la vida imposible hasta que se entera de que el dossier que lo implica Mateo lo

tiene guardado en una caja de seguridad del Banco Agralia. Por lo que idea un astuto atraco y se lo encarga a Antonio Alba. El atraco les sale perfecto, él consigue los documentos y los atracadores reciben su retribución.

—Atraco que también nos hubiese sido imposible descubrir si no hubiese sido por su codicia. ¿Verdad? —inquirió Mercedes mirando a sus subordinados.

Sin mucho convencimiento, Elisa asintió y Román se encogió de hombros antes de continuar.

—Pero Antonio Alba, fortuitamente, roba de la caja de seguridad 212 la documentación que el capitán Antonio Jiménez, el *Gitano*, había recopilado para restablecer su honor y que parece incriminar a gente relevante. Por lo que Ripol y Alba, sumidos en la codicia, deciden chantajearlos. Estos ponen en marcha sus servicios y descubren por una negligencia a uno de los atracadores, y ese los lleva al resto. Con el único fin de recuperar esa comprometida documentación, los involucrados en el atraco van teniendo un fin desafortunado, incluido Ripol. Al actor Eduardo Núñez, que es el que nos contó la trama y estaba dispuesto a colaborar, se lo cargan inyectándole una dosis letal de ricina, por lo que volvemos al punto cero —puso un gesto de hastío antes de concluir—. De ese caso solo sale ileso Antonio Alba, que huye a Sudamérica con la pasta y los documentos del *Gitano*, y que nos será complicado localizar para que cante.

Román paró en seco y se quedó mirando el reflexivo rostro de Joaquín antes de dar por finalizada su exposición.

—Y creo que a grandes rasgos eso es todo. Y ahora nuestro trabajo es descubrir a los asesinos de los atracadores... Dicho de otro modo, descubrir a quiénes chantajearon Ripol y Alba.

—¿Tenéis identificados a los sicarios? —inquirió Joaquín.

—Sabemos que eran dos. Uno tiene en su muñeca derecha un tatuaje a color de *Campanilla*, y el que matamos tenía una cicatriz en la ceja que la partía en dos.

—Pues ya tenéis una hebra de donde tirar. Gracias chicos —
dijo el teniente coronel ensimismado.

Seguidamente se levantó de la silla y se dirigió a la puerta, donde se giró y dirigió la mirada a la comandante.

—Si veis algo raro, comentádmelo antes de actuar, ¿entendido?
—advirtió antes de salir del despacho.